**Paladea y mira (y escucha y toca) el Evangelio **

El orden y la rutina son indispensables para una vida buena, piadoso y pacífica. La fidelidad a nuestras rutinas es una forma de mostrar el amor. No trabajamos, o agradecemos, o mostramos afecto sólo cuando realmente nos apetece. El amor verdadero es el amor que vivimos con constancia y esa constancia se manifiesta en rutinas.

Las rutinas funcionan en la práctica. El orden hace que la vida sea más pacífica, más eficiente y más eficaz. De hecho, cuantas más rutinas desarrollamos, más eficaces somos, permiten adquirir buenos hábitos, liberando la mente y el corazón para que puedan expandirse.

Los ritos de la liturgia cristiana son las frases hechas que han pasado la prueba del tiempo: el «gracias» de los hijos de Dios, el «te quiero» de la Iglesia, Esposa de Cristo. La liturgia es el hábito que nos hace altamente eficientes, no sólo en la «vida espiritual», sino en la vida en general, puesto que la vida hay que vivirla en un mundo que ha sido hecho y redimido por Dios. La liturgia compromete a la persona entera: cuerpo, alma y espíritu.

«Ahora sé por qué Dios me dio un cuerpo: para dar culto al Señor con su pueblo en la liturgia». Los católicos no sólo oyen el Evangelio. En la liturgia, lo escuchamos, lo vemos, lo olemos y lo gustamos.

Contemplar la Misa y descubrir su lógica interna. En primer lugar, hemos de entender que la Misa está realmente dividida en dos: la «**liturgia de la Palabra**» y la «**liturgia Eucarística**». Estas mitades están a su vez divididas en ritos específicos.

En la Iglesia latina, la liturgia de la Palabra incluye la entrada, los ritos introductorios, el rito penitencial y las lecturas de la Sagrada Escritura. La liturgia Eucarística podría subdividirse en cuatro secciones: ofertorio, plegaria eucarística, rito de Comunión, y rito de conclusión. La Misa es un único ofrecimiento: el sacrificio de Jesucristo, que renueva nuestra alianza con Dios Padre.

**La señal de la cruz** era probablemente la expresión de fe más universal. Algunos escritores describen a los cristianos haciendo la cruz en la frente, seguidamente en los labios y luego en el corazón, tal como lo hacen los católicos occidentales de hoy antes de leer el Evangelio. En esta señal de la cruz, está la salvación para todos los que están marcados con ella en la frente». «por la señal de la cruz toda magia se detiene y todo hechizo se desvanece». Satanás es impotente ante la cruz de Jesucristo.

La señal de la cruz es el gesto más profundo que podemos hacer. Es el misterio del Evangelio condensado en un momento. Es la fe cristiana resumida en un único gesto. Cuando hacemos la señal de la cruz, renovamos la alianza que comenzó con nuestro bautismo. Con nuestras palabras, proclamamos la fe trinitaria en la que fuimos bautizados («en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»). Con la mano, proclamamos nuestra redención por la cruz de Jesucristo. El mayor pecado de la historia humana, la crucifixión del Hijo de Dios, se convierte en el mayor acto de amor misericordioso y de poder divino. La cruz es el medio por el que somos salvados, por el que llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina (cf. 2 Ped 1, 4).

Trinidad, encarnación, redención: todo el Credo destella en ese breve momento. En Oriente, el gesto es aún más rico, pues los cristianos trazan la señal de la cruz juntando los tres primeros dedos (pulgar, índice y corazón) separados de los otros dos (anular y meñique): los tres dedos unidos representan la unidad de la Trinidad; los otros dos representan la unión de las dos naturalezas de Cristo, la humana y la divina.

Al hacer la señal de la cruz, empezamos la Misa con un recordatorio de que somos hijos de Dios. Renovamos también el juramento solemne de nuestro Bautismo. Hacer la señal de la cruz, pues, es como jurar sobre la Biblia en un juicio. Prometemos que **hemos venido a Misa a dar testimonio.**

***MEDITACIONES BÍBLICAS SOBRE LA EUCARISTÍA***

**«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén»**. Así empieza la Misa y así comienzan muchas acciones nuestras. Y no nos damos cuenta de lo que hacemos, quizá porque tenemos prisa por rezar. Nos parece que santiguarnos no es rezar, sino un simple pórtico para rezar. No es que hagamos un garabato en el aire, apenas reconocible; lo hacemos correctamente, pero sin detenernos, sin particular atención, porque tenemos que rezar un Avemaría o un Padrenuestro, o vamos a celebrar la Misa. Sin embargo, pocos momentos de oración hay tan intensos, tan concentrados, como el hacer **la señal de la cruz**.

El **santiguarse** es magnífico pórtico por el que nos internamos gloriosamente en la oración. Santiguar equivale a santificar o consagrar: su forma es una cruz y una invocación trinitaria.

**«Persignarse»** Se ha reservado a la triple cruz «en la frente, en la boca y en el pecho», suplica de protección. La cruz, en la frente; una señal que significa «fieles al Señor», La bendición se realiza «imponiendo», invocando el nombre del Señor sobre la comunidad.

En contexto cristiano, San Pablo nos dice que «donde hay un cristiano, hay una nueva creación» o nueva humanidad; hay un origen nuevo, un pertenecer nuevo. El cristiano se incorpora por la fe a Cristo y queda marcado. El bautismo es una señal, una marca vitalicia que no se borra; esa marca es nada menos que el sello del Espíritu, impuesto por Dios; con él Dios santifica (o santigua), consagra. Desde ese momento hay un hombre nuevo, porque es hijo de Dios. Al ser adoptado recibe una participación de vida divina, empieza a vivir con un aliento nuevo.

El verdadero sentido es una dedicación total, una consagración, un poner a nombre de la Santísima Trinidad.

Marcamos nuestra actividad y nuestro reposo, gozos y dolores con la señal de la cruz y el nombre trinitario, y así vamos realizando nuestro ser cristiano a lo largo de la vida.

La cruz significa sacrificio por amor, es muerte para la resurrección. La señal de la cruz sobre nuestras obras significa anular nuestro egoísmo y liberar para el amor. Significa renunciar a la vanidad, al prestigio, al afán de poseer o dominar, para consagrar la obra a Cristo. Es un sacrificio propio para una vida más alta; una obra de apostolado por amor al prójimo está ofrecida y consagrada:

Pues bien, cuando comenzamos la obra más importante de la semana o del día, al empezar la Eucaristía, **nos** **santiguamos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo**

**Practica semanal:** Pondré especial atención cada vez que me santigüe, recordando que ese día daré testimonio de santidad.